

GIOVANNI NUCCI

## Las aventuras de Ulises

Invitación a la lectura de  
Javier Rodríguez Marcos

Actividades de  
Rafael Robles

Traducción del italiano de  
Isabel González-Gallarza

 Siruela

Colección Escolar 41 (Filosofía)

## Índice

<b>Invitación a la lectura</b>	9
Javier Rodríguez Marcos	

### LAS AVENTURAS DE ULISES

<b>Había mil naves griegas</b>	17
Ulises y Penélope	19
El rapto de Helena	25
Palámedes desenmascara a Ulises	29
La marcha hacia la guerra	33
<b>Un simple caballo enorme</b>	39
Agamenón y los ciervos de Artemisa	41
Las murallas de Troya	45
El robo del Paladión	51
El caballo	57
<b>No fue difícil engañar al cíclope</b>	63
La isla de los comedores de loto	65
Zeus y el rayo de los cíclopes	70
Polifemo	74
Nadie	80
La isla de Eolo	83

<b>Una maga horrible y malvada</b>	<b>87</b>
Euríloco y los cerdos de Circe	89
Ulises y Circe	93
En el Hades	97
Las sirenas. Escila y Caribdis	101
La isla del sol	105
<b>Del amor y sus penas</b>	<b>111</b>
Zeus y el destino de los hombres	113
Calipso	118
Nausícaa	122
Atenea	127
Penélope	131
<b>Nunca había dejado de esperar</b>	<b>135</b>
Penélope	137
La nodriza Euriclea	142
La prueba del arco	146
El perro Argos	151
La cama de olivo	154
<b>Actividades tras la lectura</b>	<b>159</b>
Rafael Robles	
<b>Por si quieres seguir leyendo</b>	<b>185</b>

Había mil naves griegas

## Ulises y Penélope

Había mil naves griegas surcando el mar Egeo, rumbo a Troya, para rescatar a Helena. Estaba a punto de empezar la batalla más grande de todos los tiempos.

Al mando de estas mil naves había cincuenta capitanes, cincuenta reyes. En una de esas naves, pongamos la número trescientos noventa y tres, había un capitán. Da igual qué número fuera este capitán, lo importante es que su nombre era Ulises, el rey de Ítaca.

Ulises estaba en la proa de la nave contemplando el mar color vino y pensando que a él no le apetecía nada ir a Troya. A diferencia de muchos de los otros cuarenta y nueve príncipes griegos, él no tenía ganas de combatir en esa guerra.

Ulises también pensaba que, en realidad, todo había sido por su culpa.

Pero quizá sea mejor empezar desde el principio, aunque no resulte fácil determinar cuál es el principio.

Efectivamente, que todos los príncipes juraran que protegerían a Helena había sido idea de Ulises. Él estaba acostumbrado a solucionar problemas bastante difíciles, y había solucionado también ese.

Como a menudo ocurre, también esta vez los dioses tenían algo que ver en todo aquello.

Y cuando es así, las cosas se vuelven más complicadas. ¿Por qué? Pues porque con los dioses nunca se sabe cuál es el principio.

Zeus se enamoró de Némesis. Zeus era el señor de los dioses, el más poderoso. Némesis, en cambio, era la diosa de la justicia y de la venganza. Zeus se enamoró de Némesis y ella escapó para que no la atrapara. Para huir se transformó en una oca y se marchó volando. La pobre Némesis hacía lo que podía.

En cuanto a Zeus, estaba decidido a perseguirla por todo el universo. Y eso fue lo que hizo. Para conseguir alcanzarla se transformó en todos los animales del mundo, uno por uno adoptó la forma de todos. Se convirtió en cebra, serpiente, león y faisán; se transformó en rinoceronte, leopardo y buitres; en todos los peces y en todos los pájaros. Pero Némesis seguía huyendo, no había forma de atraparla. Así continuaron durante muchísimo tiempo: Némesis huía y Zeus la perseguía. Era una de las cosas que más le gustaban a Zeus: perseguir a las jóvenes, a las diosas o a las ninfas. Esta vez la persecución duró hasta que Zeus se transformó en un cisne blanco. Entonces Némesis dejó de huir.

Por fin Zeus y Némesis se amaron.

Némesis puso un huevo de plata. De ese huevo nació Helena. Era tan bella que al verla uno se quedaba sin respiración.

Quizá el principio de esta historia fuera exactamente este, cuando Zeus se enamoró de Némesis y juntos tuvieron a Helena, que era la mujer más bella que había existido jamás.

Ulises y Helena se conocieron cuando esta era todavía joven y Tíndaro le buscaba marido. Tíndaro era el padre adoptivo de Helena, y era también el rey de Esparta. Deci-

dió que había llegado el momento de buscarle marido a su hija, y el asunto lo tenía bastante preocupado.

Helena sería la reina de Esparta, y por lo tanto su marido sería el rey. Y esto ya era motivo suficiente para estar preocupado. Porque en los tiempos de Tíndaro —y, a fin de cuentas, también en los de ahora—, no era nada fácil encontrar un buen rey.

Para empezar hacía falta un príncipe. Por eso a Tíndaro se le ocurrió que mandasen llamar a todos los príncipes casaderos que hubiera en Grecia.

Pero Helena solo podría casarse con uno de ellos.

¿Y cómo se tomarían todos los demás no haber sido los elegidos? Esto era lo que tanto preocupaba a Tíndaro. Helena era tan bella y tan fascinante que quizá intentarían raptarla. Lo cual no sería muy agradable, ni para Helena, ni para su futuro marido. Además, cuando era niña, a Helena ya la habían raptado una vez. Estaba claro que era una persona propensa a que la raptasen. Aquella vez habían ido a rescatarla Cástor y Pólux, sus hermanos gemelos. Aunque esa es otra historia. Pero aunque fuera otra historia, Tíndaro estaba cada vez más preocupado.

Llegaron entonces los príncipes griegos: eran muchísimos y todos tenían nombres muy difíciles, pero de poco serviría que os los dijera todos.

Ulises, esto sí hace falta decirlo, era el más inteligente de todos los príncipes que llegaron al palacio del rey de Esparta. Y de hecho enseguida se dio cuenta de que la situación era bastante complicada. Comprendió que Helena era bellísima, pero le esperaba un destino lleno de dificultades. Comprendió que Tíndaro no sabía cómo salir de ese atolladero, y comprendió también que Helena les causaría a todos un montón de problemas.

Para empezar, Ulises, al contrario que todos los demás príncipes griegos, no se enamoró de Helena, sino de su prima Penélope. Me refiero a la prima de Helena. Bueno, el caso es que Ulises no se enamoró de Helena.

Nadie sabe por qué uno se enamora de una persona y no de otra. Y nadie, a menos que sea tonto de verdad, intenta entender por qué ocurre esto. Pues detrás de todas estas cosas está Eros, y Eros es el dios más poderoso. Más poderoso incluso que Zeus. Y a los dioses nunca hay que tratar de explicarlos. Pero esa es otra historia.

Y en la historia que nos ocupa, a Ulises se le ocurrió una idea muy buena.

Estaba reflexionando sobre la manera de conquistar a Penélope, que dicho sea de paso no era tan bella como Helena, pero tenía una carita de lista que al bueno de Ulises le había hecho perder la cabeza. Bueno, el caso es que pensó que para conquistar a Penélope podía pedirle ayuda a Tíndaro que, al fin y al cabo, aparte de ser el tío de Penélope, era también el rey. A menudo, en estas situaciones, eso suele ser de gran ayuda.

—¡Tíndaro! —le dijo Ulises—. En buen lío te has metido. No me gustaría a mí encontrarme en la situación de dar como esposa a una hija tan bella como Helena.

—¿Verdad que es un problema? —Tíndaro sacudía la cabeza de un lado a otro, absorto como estaba en sus preocupaciones.

Ambos permanecieron un momento en silencio.

—Pero esa que está jugando a la pelota con Helena... —preguntó por fin Ulises—, ¿sabrías por casualidad quién es?



Ulises le dijo a Tíndaro que si lo ayudaba a casarse con Penélope le indicaría la manera de salir del aprieto en el que se encontraba. Tíndaro, como ya habrá quedado claro, no deseaba otra cosa.

Fue entonces cuando a Ulises se le ocurrió la idea del pacto. Y fue precisamente eso lo que desencadenó la mayor batalla de todos los tiempos.

Ulises aconsejó a Tíndaro que obligara a todos a hacer un juramento: una vez que Helena se hubiera casado, si alguien la raptaba, los demás príncipes deberían ayudar a su marido a traerla de vuelta a casa.

A Tíndaro le pareció una idea en verdad buena. De esta manera, ninguno de los príncipes raptaría nunca a Helena. Pero —y aquí Ulises, como de costumbre, había estado genial— si a algún extranjero, por ejemplo, a un troyano, se le ocurriera la idea de raptar a Helena, todos tendrían que acudir en auxilio del futuro rey de Esparta.

Los príncipes, que habrían hecho cualquier cosa para poder casarse con Helena, dieron su palabra.

Tíndaro, que no tenía ya ningún motivo de preocupación, quiso que fuese Helena la que decidiera con quién quería casarse.

—Pónsela alrededor de la cabeza al príncipe con el que te quieras casar —le dijo, dándole una corona.

Helena vio a Menelao, que era guapo, joven y fuerte, y se enamoró. Y quiso casarse con él.

Tampoco en este caso podemos estar preguntándonos por qué Helena se tuvo que enamorar precisamente de Me-

nelao. Ni podemos estar pensando que quizá, si se hubiera enamorado de uno un poco más listo, las cosas habrían sido diferentes. Pero sobre todo no podemos preguntárnoslo porque se trata de Helena, y da la casualidad de que Helena se enamoró varias veces en su vida, y cada una de esas veces se armó un lío tremendo.

Así funcionan las cosas: Eros hace que nos enamoremos, y luego todo lo demás ya es problema nuestro, tenemos que resolverlo nosotros mismos. Y no se puede hacer nada para que las cosas sean de otra manera.

Dado que Ulises había resuelto el problema de los príncipes y del rapto, Tíndaro mantuvo su promesa y le presentó a Penélope.

Penélope y Ulises se enamoraron enseguida y se amaron toda la vida. Y desde el momento mismo en que se conocieron, supieron que sería así.

Ulises decidió que Penélope sería la mujer con la que pasaría toda la vida, el alma de su hogar, la madre de su hijo.

«Por ella», pensó Ulises en cuanto la miró a los ojos, «volveré. Pase lo que pase, volveré. Y ella sabrá esperarme».

Ulises y Penélope se casaron y decidieron ir a vivir juntos a Ítaca. Y hacia allá partieron, surcando el mar color vino.